



**JAVIER
RODRIGO**

**MAXIMILIANO
FUENTES**

ELLOS, LOS FASCISTAS

**LA BANALIZACIÓN DEL FASCISMO
Y LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA**

POR QUÉ EL ABUSO DEL PASADO

IMPIDE ENTENDER EL PRESENTE



**PRÓLOGO DE
SERGIO DEL MOLINO**

DEUSTO

Ellos, los fascistas

La banalización del fascismo y la crisis
de la democracia

MAXIMILIANO FUENTES
JAVIER RODRIGO



EDICIONES DEUSTO

© Javier Rodrigo y Maximiliano Fuentes, 2022

© Prólogo de Sergio del Molino

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2022

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3443-5

Depósito legal: B. 18.969-2022

Primera edición: noviembre de 2022

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Black Print CPI

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prólogo, de Sergio del Molino	11
Introducción. Una mirada histórica al presente.	15
Capítulo 1. El fascismo en su época: Europa	39
Fascismo, fascismos.	39
La era del fascismo: Italia como <i>early comer</i>	53
Fascismo elevado a la máxima potencia: Alemania.	65
Capítulo 2. Fascismo y guerra: España, Europa, el mundo	79
La guerra civil como espacio de fascistización	79
Apogeo y colapso	92
Los que sobran: un epílogo atroz para la utopía fascista	99
Capítulo 3. De los fascismos a las derechas radicales en la segunda mitad del siglo xx	107
Fascistas, neofascistas y Nouvelle Droite.	107
Una nueva derecha radical.	118
Nuevas y viejas ideas	125
El franquismo.	136
Franquistas, posfranquistas y nueva ultraderecha.	148
Capítulo 4. La consolidación de la derecha radical en el siglo XXI	155
Hacia la normalización.	155

Continuidades y novedades	171
Vox y el fin de la excepcionalidad española.....	184
Conclusiones.....	201
Agradecimientos	213
Bibliografía	215

Capítulo 1

El fascismo en su época: Europa

Fascismo, fascismos

Como historiadores, y tal como señalábamos, no podemos aceptar sin más la banalización de la noción de fascismo. Y no porque pretendamos salvaguardarlo de una revisión narrativa seguramente necesaria, ni porque pensemos que solamente los profesionales de la historiografía podemos acercarnos al pasado y a sus grandes procesos, y sus muchas veces monstruosas utopías. La banalización del pasado y, en particular, la del fascismo nos apela, sobre todo por cuanto supone la normalización y reducción a mínimos explicativos, de fuerte componente moral —y en muchos casos, moralizante— de la experiencia política más brutal de la Europa del siglo xx. Además, porque el juego de espejos entre pasado y presente presupone, primero, la proyección de los valores del presente hacia el pasado y, segundo, la equiparación de los desafíos actuales con los que generaron la gran crisis contemporánea del siglo xx —la de la guerra civil española, la Segunda Guerra Mundial o Auschwitz—, auspiciada en el continente, de manera indirecta o directa, precisamente por los fascismos. Esa equiparación entre pasado y presente, en el caso del fascismo, supone a nuestro juicio una falta de respeto hacia sus víctimas. Por eso, se hace más que necesario analizar y expli-

car a qué nos referimos cuando hablamos de fascismo. O, mejor, de fascismos.

Hablar en plural de fascismos, como hicieron ya en el pasado historiadores como Enzo Collotti —que recogía el testigo de uno de sus primeros grandes intérpretes, el socialista turinés Angelo Tasca—, comporta plantearse la posibilidad de proyectar el término a una variedad de procesos históricos y marcos geográficos. A efectos de su comprensión, no parece inútil tratar de aclarar en unas pocas líneas a qué se debe la variabilidad interpretativa, la falta de consenso entre historiadores y científicos sociales, la volatilidad conceptual de algo que, aparentemente, parecería bastante claro de mirar hacia el pasado. En realidad, que no exista un acuerdo sobre su definición y aplicabilidad es algo lógico, considerando la relativa brevedad de su trayectoria histórica (en la mayoría de los casos, encapsulado en el período entre las dos guerras mundiales, desde 1922 hasta 1945) en comparación con las alternativas epocales de la democracia liberal o incluso del socialismo real. La falta de precisión también está vinculada a la falta, a veces, de definición propia del movimiento, a la falta de coherencia que los diferentes movimientos, grupos y regímenes fascistas mostraron en sus diferentes contextos de construcción, acceso —o no— al poder o deconstrucción. También es síntoma, por supuesto, de su importancia como alternativa política radical en Europa y fuera de ella. Y, claro está, no lo es menos por un motivo que la persona que lea estas líneas comprenderá fácilmente si recuerda las imágenes de los campos de exterminio alemanes en Polonia que estuvieron activos entre 1942 y 1945. Si el fascismo incluye Auschwitz, después del final de la Segunda Guerra Mundial nadie —casi nadie, para ser estrictos— querrá identificarse con él.

Hay, además, cuestiones conceptuales y terminológicas que nos hablan e interpelan sobre la complejidad de mirar al pasado desde las cambiantes perspectivas de nuestros presentes, y que nos recuerdan lo complejo que es —que *debe* ser— el estudio del pasado. Al hablar de fascismos en el siglo xx, muchas veces se confunden proyectos, ideologías, culturas, debates, estrategias, procesos y praxis. La realidad es siempre compleja y muchas ve-

ces inaprehensible, motivo por el cual los historiadores y científicos sociales tienden a buscar agarraderos estables para analizar el pasado, encontrándolos muchas veces en textos, literatura, fuentes (discursos, cartas, memorias y otros materiales) provenientes de grandes teóricos y pensadores, y a partir de ahí construyen sus propias reflexiones y conclusiones, dirimiendo en última instancia la ubicación de una u otra experiencia dentro del terreno de los fascismos con base en su pureza y coherencia con el proyecto político en la teoría. El papel lo aguanta todo, pero la realidad no, y, de hecho, todos los fascismos fueron realidades no coherentes con sus proyectos y mitos fundacionales, y abiertamente impuras, es decir, mestizas, complejas, mezcladas en términos políticos, culturales e identitarios. Los fascismos nunca han estado a la altura de sus mitos.

Por fin, un elemento perfectamente histórico que dificulta la categorización de los fascismos es la diversidad de sus estadios y la consideración, casi generalizada, de que aquéllos son etapas de obligado recorrido para alcanzar el rango de fascismo pleno, sin sufijos ni prefijos matizadores de su extensión y complejidad. Fascismo-movimiento o fascismo-régimen, los llamó el gran historiador italiano Renzo de Felice, cuya estela han seguido muchos otros: lo primero, la batería de construcciones intelectuales, ideológicas y de preparación de estrategias para la toma del poder; lo segundo, el poder una vez tomado por los partidos fascistas, con la consecuente construcción de formas de control territorial, administrativo y humano —partido único, sindicato único, milicia, encuadramiento— coherentes con él.

¿Dónde se ha de poner el foco para identificar un fascismo? La verdad, dependerá mucho de quién responda a esa pregunta. Nosotros creemos que es el análisis histórico —complejo y, sobre todo, contingente— el que deberá aclarar la situación. Como señalaron estudiosos como Emilio Gentile o Adrian Lyttelton, es fundamental tener en cuenta la idea de la movilización de masas, la concepción del fascismo como una organización basada sobre mitos nacionales, palingenésicos (al menos en teoría), en la definición de Roger Griffin. La política sería, así, el vehículo para la realización de esos mitos nacionales mediante la aplicación prác-

tica de la tríada partido-Estado-líder, con el objetivo de llevar a cabo la «revolución fascista»: la transformación, a través del mito y la organización política, del carácter de la nación, construida como unidad y comunidad de jerarquía. No sólo se trata de la destrucción del Estado liberal: al Estado liberal se lo utiliza abiertamente desde los fascismos, aunque es cierto que, para desplegar su proyecto, en última instancia, acaban sobrepasando sus límites normativos e institucionales, de aceptabilidad política, práctica e incluso estética. No sólo se trata de la subordinación del partido al líder, única sede de la voluntad política: suele existir un grado no menor de policracia y de agencia dentro de los fascismos. No se trata sólo de totalitarismo, cuyos límites teóricos no niegan ni su mito ni su naturaleza: todos los totalitarismos son imperfectos si los comparamos con sus mitos fundacionales.

¿Entonces? ¿Es reacción o revolución? ¿Antimoderno o modernizador? ¿Exportable o irreproducible? De nuevo, depende de dónde se ponga el foco. Según George Mosse, para hablar de fascismo se necesita de una mezcla de democracia de masas, culto al líder, obediencia pública, rechazo al capitalismo liberal y al materialismo marxista, además de una buena dosis de un terror que no puede ser tratado como un concepto estático, sino como un elemento de intensidad variable. El fascismo es heredero de las tradiciones antiparlamentarias del siglo XIX, pero es radicalmente nuevo en sus formas, entre las que destaca especialmente el terror: un terror relacional, supraindividual, objetivado, un arma política en tiempo de paz, un arma eliminacionista en la guerra total, herramienta para la concreción de las aspiraciones de miles de europeos y de sus propias tradiciones políticas. Según Enzo Collotti, además de en sus formas hay que fijarse en sus objetivos: el fascismo es una respuesta común a una crisis generalizada, propone un orden sustitutivo creado mediante la movilización, la fuerza, la doble dinámica inclusión-exclusión, la coacción y la unidad identitaria en la cual la violencia es el elemento estratégico diferencial para la reorganización extrema de los modelos de acción y pensamiento políticos, con la centralidad ubicada en el concepto de jerarquía.